

Gerardo Diego, poema «La voz de Federico» (1966), en *100 poemas* (2011)

No hay nada como el compás:  
uno, dos, tres.

Sevilla se muere siempre,  
Sevilla se está muriendo,  
y nos dice: aprended, niños,  
a saber beber los vientos.

Sabed quitaros de enmedio  
cuando la mano os empuje.  
Sorbo a sorbo poco resta.  
Tragad el último buche.

(*El jándalo*, 1964)

[LXXXII]

#### ELEGÍA DE CÁDIZ

**E**ra Cádiz blanca, blanca.  
Y verde y blanca.  
Nada más.

Qué alegría daba verla  
—dudosa, cierta, acercándose—  
blanca blanca,  
y a estribor  
—y verde y blanca—

alta, girar, desfilar,  
viniendo en barco de allá,  
de Ultramar.

Era Cádiz blanca blanca.  
Y verde y blanca.  
Era Cádiz...

(*El jándalo*, 1964)

[LXXXIII]

#### LA VOZ DE FEDERICO

**Q**ué pena que el archivo de palabra española  
no captase en su cera la voz única.  
Cuando todos nosotros sus amigos testigos  
terminemos de morirnos,  
con nosotros el timbre inolvidable  
sus inflexiones se desvanecerán.

Desvanecer, tremendo destino de lo humano,  
y esta vez sin siquiera el engaño piadoso  
del habla en noria atada  
que gira y gira y gira desgastándose.  
Como esa luz de estrella  
que estamos contemplando y ya no existe.

Tan sólo su pianillo  
cascabelero, fresco, exacto, ritmo puro,  
nos sonoriza la memoria suya.  
Y, sí, yo le estoy viendo,  
acercándose, todo luz, sonrisa  
—triste sonrisa alegre, luz morena—.  
Y le veo sentado  
echando atrás por encima del hombro  
—golpecito del dedo—  
la ceniza del pitillo.

Pero es su voz, su voz la que me llega,  
la que en mi oído vive,  
su voz como encuevada, suavemente ronca,  
de un tono pardo único,  
y su recitación —música y gesto—  
y sus ondeadas, íntimas carcajadas  
—ejé, ejé, ejé—  
celebrando sus anécdotas,  
verdades milagrosas de lo increíble.  
El día en que se invente, si se llega a inventar  
la poesía de palabra-ruido,  
la música concreta del idioma,  
podremos remedar su voz y su metal oscuro.

Háblame, Federico. Tantas noches  
sueño que no has muerto,  
que escondido vivías y estamos en Granada,  
una maravillosa Granada distinta, tuya y mía,

y otra vez o la misma somos jóvenes  
y nos contamos cosas, proyectos, dichos, versos.  
Y tu voz suena y eres tú, gracias a ella.  
¿Quién, ni en mundo de sueños, podría falsificarla?  
Tu voz que me habla siempre, que me llama,  
tu voz, sí, tu voz llamando,  
tu voz clamando...

(«El Cordobés» dilucidado y *Vuelta del peregrino*, 1966)

[LXXXIV]

PICASSO

**F**iel aliado del azar,  
Picasso —época del «Bomba»,  
malagueño de gayomba,  
de chumbera y limonar—  
sigue en sus trece: pintar,  
porque él pinta, pinta, pinta  
al óleo o al aguatinta,  
—mancha, capricho o diseño—  
toros de ojos o de sueño  
como el Sordo de la Quinta.

(«El Cordobés» dilucidado y *Vuelta del peregrino*, 1966)